

El matrimonio y la atención a los hijos discapacitados y ancianos: un comentario a la exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia* del Santo Padre Francisco

Marriage and care for the handicapped children and the elderly: a commentary on the apostolic exhortation postsinodal *Amoris Laetitia* of the Holy Father Francisco

M^a del Pilar Quiroga Méndez

Doctora en Psicología. Profesora Encargada de Cátedra de la Facultad de Psicología (UPSA)

Resumen: El siguiente trabajo analiza los aspectos del cuidado y la atención a los hijos discapacitados y a los ancianos a partir de la exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia* del Santo Padre Francisco y las derivaciones que surgen en este ámbito. Las palabras del Santo Padre son un referente que ilumina los comportamientos de los fieles y que sirve de referente para la actuación de millones de personas en el mundo. Bajo esta perspectiva se analiza la realidad del envejecimiento y la necesidad del cuidado, como aspectos centrales para la salud psicológica y espiritual dentro del contexto familiar.

Palabras clave: *Amoris Laetitia*, ancianos, cuidado, hijos discapacitados.

Abstract: The following work analyzes the aspects of care and attention to disabled children and the elderly from the apostolic exhortation postsinodal *Amoris Laetitia* of the Holy Father Francisco and the derivations that arise in this area. The words of the Holy Father are a reference that illuminates the behavior of the faithful and serves as a reference for the actions of millions of people in the world. Under this perspective, the reality of aging and the need for care are analyzed as central aspects for psychological and spiritual health within the family context.

Keywords: *Amoris Laetitia*, elderly, care, disabled children.

No creo que sea posible para mí ir más allá que lo que el Papa ha presentado en esta exhortación sobre la atención a los ancianos e hijos discapacitados. El Santo Padre ha partido de un camino sinodal repleto de información y complejidades tomadas de la vida real, realizando con todo ello un análisis certero de la situación de la familia en el mundo postmoderno, que tanto reduce y nos reduce la vida plena y la llamada a la plenitud. El Papa introduce en la exhortación lecturas que van jalonando un camino de siglos de una enorme fuerza vital y poética, con las que nos hace partícipes de un mensaje de profundidad. Las palabras del Papa nos permiten escapar de la sensación lacerante de que estamos solos y perdidos en un universo que pretende lo contrario de lo que desean nuestros corazones, o invadidos por fuerzas aparentemente normalizadas que nos son en el fondo extrañas, por mucho que parezcan las únicas y las más repetidas. En el medio de todo esto, las palabras del Papa y las voces que el Papa recupera, nos recuerdan nuestro lugar, se convierten en un eco que nos permite situarnos con pleno convencimiento, *ampliar nuestra mirada y reavivar nuestra conciencia* para, ante la situación de crisis que percibimos alrededor, poder constituir y constituirnos en una presencia transformadora.

Esta exhortación en su primer párrafo, nos lleva al núcleo de la temática cuando de un modo sencillo expresa como “a pesar de las numerosas señales de crisis del matrimonio, el deseo de familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes, y esto motiva a la Iglesia” (parr. 1, p.3). La familia es un deseo en el ser humano, no es una realidad abstracta creada o definida desde la utilidad y el pragmatismo. Cuando deseamos una familia o cuando lloramos por su pérdida, lo hacemos sintiendo que es el eje verdadero de nuestra vida y el espacio privilegiado donde podemos aprender a ser y a sentir. La familia es el lugar en el que estamos hechos y nos vamos haciendo, y al que volvemos de forma real o fantaseada siempre. Es el sitio del que venimos y al que aspiramos, como una constante en nuestra vida, el deseo de crear familia quiere actualizar esa realidad continuamente. El Papa pone el énfasis en el deseo, haciendo de este el origen y marcando su importancia. Considero que esto es un gran acierto ya que este deseo ha demostrado continuidad al margen de modas, formas de familia, o crisis de familia. Es una alegría que lo que motiva a la iglesia, sea en palabras del Papa: “un deseo que permanece vivo”.

Ante un tema tan radicalmente importante en la vida de las personas es muy interesante el análisis y el procedimiento que sigue para profundizar en él. Saludo con alegría el énfasis que pone en la conciencia de complejidad, en la necesidad de profundizar y en la libertad para hacerlo, junto con la reflexión de los que más saben en la iglesia pastores y teólogos, los debates de los medios, y las aportaciones de los sínodos por su gran riqueza. Alerta también el Papa con

firmeza, contra la tendencia de cambiar todo sin una reflexión previa, o de resolver todo con normativas desvitalizadas o derivando de reflexiones excesivas aunque sean teológicas. Situarse en la reflexión, en el diálogo, en ofrecer aliento y estímulo a las familias se convierte en el objetivo más importante que el Papa no pierde de vista en ningún momento, situándose en los dones, en los valores, y en el amor fuerte como eje, con “los pies en la tierra”(parr. 6 p.6). Saludo la valentía y la frescura, y también el ejemplo de cómo se trazan las cosas importantes de la vida y los aspectos que nos pueden llevar a resolverlas, el Papa ha planteado un modo excelente de comportarse ante tantos temas relevantes que se nos presentan a los cristianos hoy.

El objetivo de este comentario será examinar los aspectos relativos al cuidado de los ancianos y discapacitados en el entorno familiar; buscando en las palabras del Papa todo aquello que sirva como apoyo e inspiración a estas familias y sabiendo que son ellas con su ejemplo e iluminación, soporte y bendición para la Iglesia.

1. Una sola carne en los padres

El Papa comienza su primer capítulo describiendo una familia que ama y da vida “como verdadera escultura viviente” (parr. 11, p. 11) No de un modo abstracto o general, sino creando un escenario vital de amor cotidiano y presente. Con padres mayores, enfermos o hijos discapacitados en la familia, es donde esta descripción demuestra su mayor valor y sentido. Cuando nos encontramos con la realidad del cuidado a los demás el principio de dar vida y amar se convierte en la prioridad. La historia de la salvación avala que este es el origen que lo mueve todo, y mucho más cuando las demandas de cuidado nos requieren radicalmente.

Los padres que envejecen deben de ser considerados los fundamentos de la casa, y hemos de reclamar la presencia de los mayores en las familias porque constituyen su raíz.

Son el fundamento de la vida que nos han trasmitido, los depósitos vivos de sacrificio y de experiencias, y los testigos y hacedores de nuestra existencia. Son nuestro espejo con sus aciertos y sus errores, y son reflejo de nuestra humildad, cuando observamos todo lo que nos parecemos a ellos también en nuestras imperfecciones. Por ello es imprescindible la presencia de los mayores cerca sosteniendo nuestra vida, porque la vida no es solamente biológica o funcional, sino sobre todo es una vida de sentido y sin ellos el sentido desaparece, se fragmenta y se pierde, dejándonos psicológicamente en el vacío. Los padres son el fundamento de la casa hasta que fallecen, e incluso después, extienden una presencia iluminadora en toda la familia que

favorece la “continuidad de las generaciones” más allá de la muerte. ¿Cómo seguirá brotando el olivo si despreciamos su raíz?”

Nuestra sociedad actual devorada por el fantasma mecanicista, hace primar un modelo biológico y económico desde el que se define la vejez. Si observamos en los manuales de gerontología las descripciones de los mayores, se comienza por una psicología del déficit, de las dificultades fisiológicas y también de los problemas sociales que conlleva una sociedad envejecida. El énfasis se pone en la enfermedad, en el cuerpo, en los achaques, en las pérdidas, parecería que toda nuestra existencia está bajo el yugo de la fisiología y que en estos últimos años se rige por ella. Sin embargo los mayores son depósitos de experiencia, han forjado un carácter único que por tanto es un tesoro, y siguen haciéndolo cuando la vida se les pone más difícil. Es imprescindible verlos, sentirlos, observar cómo se enfrentan a la vejez, ya que esto es de una ayuda inestimable en nuestro “estar de paso”, una escuela valiosa de conocimiento vital que han reconocido todas las culturas, excepto la nuestra.

El Papa señala cómo los padres fundamentan la casa, y los hijos como piedras vivas responden creciendo y siendo signo de la plenitud de la familia. Así se “delinea una casa que lleva en su interior la presencia de Dios” (p. 15) En este camino el Papa no niega como “una realidad amarga” la presencia del dolor y del mal, del sufrimiento y de la muerte, señalando como Dios “enjugará las lágrimas de los ojos” La familia cuidando a un padre o a un hijo necesitado, actualizan el principio de dar la vida por el otro: “Cristo ha introducido como emblema de sus discípulos sobre todo la ley del amor y del don de sí a los demás. También describe a los padres como educadores, y a la familia como sede de la catequesis de los hijos. Esa educación no desaparece nunca, incluso en el momento en el que enferman y se encuentran desvalidos. En ese momento, cuando parece que ellos nos necesitan más, es cuando en realidad más los necesitamos. Los necesitamos para cuidarles y acompañarles dándoles toda su dignidad y admirándoles en el camino que están recorriendo como héroes y que les lleva fuera del mundo, los necesitamos para que sigan educándonos en todo esto.

Cuando vemos la aparente facilidad con la que se envía a los mayores a residencias a ser cuidados por otros, es irremediable pensar todo lo que esos hijos se están perdiendo. La oportunidad de cuidar que nos devuelve a lo que somos más esencialmente, la de sentir al otro, el aprendizaje de un camino que nos lleva más allá de la vida y la conciencia de nuestra propia finitud.

2. Situación actual de la familia

En la revisión sobre la situación actual de la familia en el capítulo dos, el Papa apoyándose en Sínodos anteriores destaca cómo debido a los cambios antropológico-culturales, los individuos están siendo menos apoyados que en el pasado por las estructuras sociales en su vida afectiva y familiar (parr. 32, p. 26) Los deseos y las circunstancias personales asumidos de forma absoluta, representan un individualismo que acaba por considerar a cada miembro de la familia como una isla, y a cada miembro de la sociedad también. Esa actitud destruye las relaciones y las comunidades. Así se origina una cultura donde las personas están cada vez más aisladas y más necesitadas de relaciones verdaderamente fuertes y vinculantes con los otros. El Papa observa con crudeza una realidad social que se está convirtiendo en un caldo de cultivo de trastornos mentales y malestar social en esta cultura de lo provisorio: "(...) la velocidad con la que las personas pasan de una relación afectiva a otra. Creen que el amor, como en las redes sociales, se puede conectar o desconectar a gusto del consumidor e incluso bloquear rápidamente. Pienso también en el temor que despierta la perspectiva de un compromiso permanente, en la obsesión por el tiempo libre, en las relaciones que miden costos y beneficios y se mantienen únicamente si son un medio para remediar la soledad, para tener protección o para recibir algún servicio. Se traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con los objetos y el medio ambiente: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva. Después, ¡adiós! El narcisismo vuelve a las personas incapaces de mirar más allá de sí mismas, de sus deseos y necesidades. Pero quien utiliza a los demás tarde o temprano termina siendo utilizado, manipulado y abandonado con la misma lógica. Llama la atención que las rupturas se dan muchas veces en adultos mayores que buscan una especie de "autonomía", y rechazan el ideal de envejecer juntos cuidándose y sosteniéndose" (parr. 39, p. 31).

Somos seres sociales, hemos sido creados a partir de un vínculo y lo necesitamos emocionalmente para sobrevivir, un lazo que sea suficientemente sólido, consistente y lo más duradero posible. Desde la psicología evolutiva es innegable que los seres humanos nos constituimos a partir de relaciones sociales fundamentadas, de las que la familia es el mayor ejemplo. Pero en contra de esta necesidad esencial estamos creando una sociedad que prima en los sujetos un enorme miedo al compromiso, sustituyendo las relaciones duraderas por la obsesión por un placer inmediato que no supone más que la acumulación crónica del malestar. Incapaces para la continuidad, para la apuesta y para el sentido profundo y condenados por tanto a vivir en soledad, los individuos intentan remediar esto con encuentros fugaces que no pueden satisfacer: "los vínculos quedan abandonados a la precariedad voluble de los deseos y las circunstancias" (parr. 40, p. 33)

En estos sentidos, podemos afirmar que el Papa está siendo contracultural, ya que denuncia que uno de los mayores males que estamos sufriendo es el de la soledad, fruto de la ausencia de Dios en la vida de las personas y de la fragilidad de las relaciones. Sin posibilidad de vincularnos, la familia desaparece y el Papa señala y advierte sobre la decadencia cultural que no promueve el amor y la entrega (parr. 39, p. 31).

La realidad socioeconómica difícil crea a su vez una impotencia que a menudo acaba por aplastar a las familias. Con frecuencia, estas se sienten abandonadas por el desinterés y la poca atención de las instituciones. Las consecuencias negativas desde el punto de vista de la organización social son evidentes: de la crisis demográfica a las dificultades educativas, de la fatiga a la hora de acoger la vida naciente a sentir la presencia de los ancianos como un peso (parr. 43., p. 36) Efectivamente parece difícil pensar que en este contexto alguien quiera cuidar a los mayores o a sus hijos desfavorecidos. Parece complicado que pueda experimentarse esa realidad del cuidado al que sufre dentro del entorno familiar como un don, una posibilidad para crecer como persona, una vocación y una gran oportunidad de ser. En los párrafos 47 y 48, el Papa destaca las aportaciones de los Padres relativos a los cuidados de las familias a miembros discapacitados y a ancianos. Destaco el desafío, la admiración, y el testimonio que esas familias ofrecen a toda la iglesia y a la sociedad en “el camino de acogida y cuidado del misterio de la fragilidad” (parr. 47, p. 40) La visión de esa realidad de cuidado como un don y una oportunidad para crecer en el amor y en el reconocimiento de cada vida, aparecen también en las palabras del Papa. Sobre los ancianos rescata el sentimiento de oportunidad que aparece detrás de estas duras circunstancias, y la valoración del final de la vida. Numerosas familias nos enseñan que se pueden afrontar los últimos años valorizando el sentido del cumplimiento y la integración de toda la existencia en el misterio pascual.

3. El amor

En este capítulo vemos como el proceso de vinculación y ayuda al discapacitado se ha de dar a través del amor, ese es el camino que permite vivir en profundidad la relación con un otro que nos necesita. El amor es expresión culminante en la relación de una pareja y también lo es la entrega amorosa a una persona con dificultades. Así lo destacan las palabras de San Pablo situando el amor por encima de cualquier otra práctica o devoción y asentándolo en el centro de la vida y de los cuidados, de modo que no puede ser obviado sino que se convierte en el ingrediente fundamental de las relaciones. El Papa se detiene precisando las distintas expresiones del amor y aplicándolas

a los esposos. La mayoría de ellas son del todo aplicables a la familia y a la vida en general, especialmente quiero señalar la necesidad de estas expresiones en el cuidado de discapacitados y ancianos, ya que hemos de situar el amor en el centro de los cuidados y ser especialmente esmerados, delicados y atentos en nuestro trato.

Paciencia. El amor es paciente, sorprende ver en algunos recursos, o incluso en las familias cómo se justifica la pérdida de paciencia con los discapacitados o con los mayores. Escuchamos con facilidad malos tonos, respuestas airadas, faltas de respuesta, o incluso contestaciones violentas. Hay muchas personas que creen equilibrar los cuidados que les dan a sus seres queridos contestándoles mal, como si el cuidado les facilitara el derecho a hacerlo, o como si la sobrecarga por ese cuidado tuviera que aflorar en forma de mala educación o irritación. Observando estos comportamientos desde fuera parecería que no quieren a sus padres o a sus hijos, cuando muchas veces están dando su vida por ellos, todo debido a respuestas airadas y la falta de paciencia. Cuidar permanentemente es difícil, sitúa al responsable en el agotamiento y en un desgaste que a veces es penosamente soportable. Ante ello, las faltas de paciencia parecen la única salida como una especie de señales de liberación de la tensión o de la impotencia. Sin embargo empañan el cuidado, y suponen un daño al otro que hemos de evitar, ya que nos dañamos también a nosotros mismos al destruir todo nuestro trabajo esforzado y toda nuestra dedicación. El Papa lo señala de un modo certero:

“No importa si es un estorbo para mí, si altera mis planes, si me molesta con su modo de ser o con sus ideas, si no es todo lo que yo esperaba. El amor tiene siempre un sentido de profunda compasión que lleva a aceptar al otro como parte de este mundo, también cuando actúa de un modo diferente a lo que yo desearía” (parr. 92. p. 65).

Las situaciones en las que una persona discapacitada o anciana actúa de un modo diferente al que queremos, o incluso al que estimamos es lo mejor para ellos mismos, son incontables. Ante ello, la pérdida de paciencia parece la respuesta más rápida. La paciencia la describe el Santo Padre en el sentido de la traducción griega del antiguo testamento, donde señala que Dios es “lento a la ira” destacando que la persona no se deja llevar por los impulsos y evita agredir. Añade cómo la paciencia de Dios manifiesta su verdadero poder. La necesidad de contención y no dejarse llevar por los impulsos de irritación es necesaria porque estos se pueden convertir fácilmente en una costumbre y en un modo de comunicación crónicamente distorsionado con aquellos que nos necesitan. Ponerse en el lugar del otro, por muy lejano que este lugar nos parezca, es una buena forma de no irritarse, porque compartir su mundo nos permite comprender su realidad. Mucho más si es discapacitado o enfermo, las respuestas de falta de paciencia e irritación no son admisibles, ya que el otro dada

su dependencia las soportará sin quejarse, lo cual le coloca en una situación de doble dependencia y de doble minusvaloración.

Actitud de Servicio. El Papa se refiere a la actitud de servicio como algo absolutamente propio del amor, y la describe en oposición a la paciencia por ser una forma de comportamiento más activo, más dinámico y más creativo ante los demás. Cuando queremos cuidar a nuestros mayores o a nuestros discapacitados, la paciencia no es suficiente y además podría parecer bastante triste. A quién le gustaría saber que las respuestas de los que nos quieren estuvieron exclusivamente impulsadas por la paciencia; nos han criado con paciencia, nuestra pareja nos habla desde la paciencia, nuestros amigos nos responden pacientemente... Siendo un ingrediente necesario y poniéndola al servicio del amor tiene sentido, pero seguramente nuestra mejor forma de servicio es la que el Papa define como actitud de servicio. Se refiere a una actitud creativa y de actividad, en contraste con la pasividad de la paciencia, en la búsqueda de un beneficio para el otro. Esto nos sitúa lejos de la rutina y de la obligación, nos hace conectar con el deseo de estar bien y con la creatividad, construyendo y descubriendo un modo diferente de hacer las cosas, de sentir la vida y de crecer juntos.

Volverse Amable. Comenzábamos el apartado anterior señalando los malos modos y la irritación que a veces aparecen en el cuidado a los discapacitados en el seno de la familia. Siendo estas respuestas bastante habituales en general, en el caso de las relaciones con los mayores o discapacitados son respuestas mucho más comunes y también más hirientes. El Papa señala que es necesario “volverse amable”, y me gustaría destacar la importancia de esta frase. Seguramente ser amable es un don o una capacidad, pero también es un efecto del entrenamiento, o ambas cosas a la vez. El Papa descubre en este componente un eje de la comunicación que es imprescindible con alguien que demanda nuestra ayuda. En esa situación es inconcebible no convertir nuestro amor en amabilidad y a la viceversa:

Amar también es volverse amable, y allí toma sentido la palabra *asjemonéi*. Quiere indicar que el amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato. Sus modos, sus palabras, sus gestos, son agradables y no ásperos ni rígidos. Detesta hacer sufrir a los demás. La cortesía “es una escuela de sensibilidad y desinterés, que exige a la persona cultivar su mente y sus sentidos, aprender a sentir, hablar y, en ciertos momentos, a callar”(p. 80). Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar. Como parte de las exigencias irrenunciables del amor, “todo ser humano está obligado a ser afable con los que lo rodean” (p.108). Cada día, “entrar en la vida del otro, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueve la confianza y el respeto [...] El amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más

exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón”[109] (parr. 99, p. 80).

Especialmente importante me parece destacar como el Santo Padre señala que la amabilidad no es un estilo que un cristiano pueda elegir o rechazar, señalando que este componente ha de estar imbricado en la propia vida si queremos que sea una vida cristianamente responsable. Me alegra ver a las personas cuidando a los mayores o a los discapacitados con una exquisita amabilidad y con alegría, e imaginar lugares donde este es el espíritu que triunfa. Siendo además una viva recomendación papal, así habría de darse al menos en todos los contextos eclesiales. Destaco como este elemento ha de reforzarse hasta el máximo cuando estamos con los que son más indefensos o más necesitados, ya que el otro espera y necesita de nosotros un verdadero encuentro: “Para disponerse a un verdadero encuentro con el otro, se requiere una mirada amable puesta en él” (parr 100, p.80).

El Papa declara que el elenco al que se refiere Pablo, se completa con cuatro expresiones que nos hablan de la “totalidad”: “Disculpa todo, cree todo, espera todo, soporta todo. De este modo, se remarca con fuerza el dinamismo contracultural del amor, capaz de hacerle frente a cualquier cosa que pueda amenazarlo”(parr. 111, p. 87). Disculpa todo, limita el juicio y contiene la inclinación a la condena dura e implacable. No daña la imagen del otro, en la creencia de que todos somos una compleja combinación de luces y sombras. Estos párrafos aplicados al cuidado de los mayores nos alertan de la tendencia a describir fallos o defectos pública o privadamente en las personas que dependen de nosotros. A veces de modo informal o como una descripción objetiva nos permitimos en su presencia deslizar frases descalificadoras o críticas: “El otro no es solo eso que a mi me molesta. Es mucho más que eso” (parr.114 p. 88), sabiendo como dice el Papa que: “El amor convive con la imperfección, la disculpa, y sabe guardar silencio ante los límites del ser amado” (parr.114, p. 89).

Confía. La confianza, reconoce la luz encendida por Dios que se esconde detrás de la oscuridad, o la brasa que todavía arde debajo de las cenizas. (parr. 115, p. 90) Aplicada a la libertad de los esposos significa sinceridad y transparencia, pero en el cuidado a los enfermos, la confianza cobra el sentido del amor incondicional donde se acepta la forma de ser del otro cualquiera que esta sea o la enfermedad lo haya convertido. Esta asunción de la identidad del otro, con una luz encendida capaz de observar a través de la apariencia, nos permite ver y confiar.

Espera. La espera no significa que todo vaya a cambiar en esta vida, pero en el cuidado a los discapacitados es imprescindible aceptar que “algunas cosas no suceden como uno desea, sino que quizás Dios escriba derecho en líneas torcidas de una persona” (parr. 116, p. 90). Es necesario, por otro lado, contar siempre con las potencialidades

de aquellos que cuidamos en vez de fijarnos en sus déficits, poniendo sobre ellos la mirada de la posibilidad, de la capacidad y de la esperanza; en vez de vernos sobrepasados a cada paso por la impotencia y el desánimo. El Papa establece una mirada diferente sobre el otro ya que:

“Esa persona, con todas sus debilidades, está llamada a la plenitud del cielo. Allí, completamente transformada por la resurrección de Cristo, ya no existirán sus fragilidades, sus oscuridades ni sus patologías. Allí el verdadero ser de esa persona brillará con toda su potencia de bien y de hermosura. Eso también nos permite, en medio de las molestias de esta tierra, contemplar a esa persona con una mirada sobrenatural, a la luz de la esperanza, y esperar esa plenitud que un día recibirá en el Reino celestial, aunque ahora no sea visible” (parr. 117, p. 91).

Soporta. Se refiere el Papa a sobrellevar con espíritu positivo las contrariedades y mantenerse firme en medio de un ambiente hostil representando la resistencia dinámica capaz de superar los desafíos. Esa idea de soportar, parece especialmente inspiradora al referirse al amor en su potencia y en su capacidad de superarse. El cuidado de alguien enfermo es en si mismo un gran reto ante el cual necesitaremos la fortaleza y es buena cosa que esa fortaleza le llamemos amor: “Es amor a pesar de todo, aun cuando todo el contexto invite a otra cosa. Manifiesta una cuota de heroísmo tozudo, de potencia en contra de toda corriente negativa, una opción por el bien que nada puede derribar” (parr. 118, p. 91).

Y todo ello *sin hacer alarde ni agrandarse*. A veces es tanto el esfuerzo y la dedicación que supone el trabajo con las personas desfavorecidas, que sentimos una extraña sensación de superioridad. Hay un cierto engreimiento en soportar la desdicha y en la capacidad de sobrellevarlo todo. Sigue el término *perpereuotai*, que indica la vanagloria, el ansia de mostrarse como superior para impresionar a otros con una actitud pedante y algo agresiva. Por eso aparece la sentencia que nos invita a hacer esto sin violencia interior, con el desprendimiento que tiene su origen en la sensación interna y profunda que señala el Papa a partir del evangelio “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (Mt 10,8) (parr. 102, p. 82).

4. Los ancianos

En el párrafo 189 el Papa recuerda la petición del cuarto mandamiento de honrar al padre y a la madre, señalando que hay algo sagrado y divino en un mandamiento que se sitúa inmediatamente después de los que se refieren a Dios mismo. No honrar a los padres

hace una sociedad “de jóvenes desapacibles y ávidos” (parr. 189, p.146) Sobre esta realidad del envejecimiento, el Papa destaca un mensaje que opta por el encuentro intergeneracional y que destaca la presencia del anciano desvalido:

“No me rechaces ahora en la vejez, me van faltando las fuerzas, no me abandones” (*Sal* 71,9). Es el clamor del anciano, que teme el olvido y el desprecio. Así como Dios nos invita a ser sus instrumentos para escuchar la súplica de los pobres, también espera que escuchemos el grito de los ancianos” (parr. 191. p. 220).

Sin embargo convendría señalar que la mayor parte de los ancianos en nuestra cultura no están desvalidos y sin embargo son igualmente rechazados. Señalemos que en solamente un 7% de la población mayor está afectada de demencia, dos tercios de las personas mayores gozan de buena salud, y tan solo una de cada diez presenta dependencia. Tenemos en la actualidad una gran parte de personas mayores con una buena salud, sin embargo esto no evita ser marginados en una sociedad que no les permite el trabajo, los condena a la inacción, al ocio estéril, o a servir a los hijos. Esta sociedad se convierte cada vez más en una sociedad juvenil y sin memoria, incapaz de ofrecer a sus mayores el papel digno de quien ha vivido. La tendencia a negar la vejez convierte nuestra sociedad en una sociedad infantil que pretende ser eternamente joven, privando a la cultura de los dones de la adultez y de los años. En un mundo abducido por la juventud, y por tanto extraordinariamente superficial, la presencia del viejo se convierte en una señal inequívoca del paso del tiempo que se intenta negar. Vivimos de espaldas a la muerte, esta nos sorprende como si no existiera o no fuera a sucedernos nunca. Los pueblos primitivos tienen la convicción absoluta de que han venido al mundo para morir de manera inevitable, y el paso por esta vida debe de ser lo más provechoso posible para ellos y para sus semejantes. El tiempo es valioso, y los mayores son unos triunfadores que han vencido y pasan a los demás su testigo. Los ancianos como vencedores se sitúan en lo más alto de la jerarquía social, lo cual redundante en una protección natural a la vejez y a su dignidad. A un viejo jamás se le hace esperar en África, sino que es esperado. Esto sucede por jerarquía, porque su tiempo es un tiempo repleto de sabiduría para los otros y por ello cualitativamente superior. Y también sucede por sentido común, puesto que no puede suministrar el bien que es más preciado y del que tiene menos, que es el tiempo (Gotelli, 2013). Una mirada a nuestro mundo occidental repleto de viejos “esperantes” en cualquier lugar, nos devuelve una perspectiva escalofriante y sobrecogedora del tipo de cultura en la que nos hemos convertido (Quiroga, 2015).

Falta un análisis lúcido y sereno, que aporte a nuestra época una perspectiva profunda y alternativa a la pretendida “infantilización” de los ancianos, a la tristeza, al optimismo desenfrenado, y al discurso

“buenista” y superficial, con el que nuestra cultura se empeña en disfrazar el paso de los años. En el texto, publicado en la Universidad Pontificia de Salamanca como homenaje al querido A. Pintor, he destacado algunos aspectos de la vejez que creo están siendo olvidados y son compatibles con la mirada del Papa (Quiroga, 2015).

El progreso va rebajando el valor de los mayores en nuestra sociedad, muy al contrario de lo que sucedía en mundos antiguos en los que la edad significaba prestigio y ocupación en los asuntos verdaderamente importante para la supervivencia del pueblo. A los mayores no se les veía como personas que se arrastraran a las puertas de la muerte, sino como depósitos estables de costumbres y de leyendas, guardianes de los valores del lugar, expertos en artesanías y oficios, y voces valiosas del consejo comunal (Gرانجل, 1991). Esta perspectiva de la vejez es completa, valiosa y saludable, pero solamente la encontramos en pueblos muy antiguos y en culturas tribales. Una revisión de nuestra historia nos señala que ya desde Grecia y Roma, existían dos perspectivas diferentes para describir la vejez. Una positiva, personificada en Grecia por Platón y en Roma por Cicerón; y una negativa, representada por Aristóteles y Séneca respectivamente, junto con la visión serena de estoicos y epicúreos. Para buscar una alternativa a la descripción negativa actual de la vejez, hemos de irnos a tiempos remotos o a culturas lejanas. En nuestra sociedad la conceptualización de la ancianidad no ha cambiado sustancialmente en los últimos tiempos, los mayores han estado sometidos a un prejuicio negativo, enquistado y reproducido en los diferentes momentos históricos durante más de veinte siglos. En nuestro ámbito cuanto más vivimos, menos valiosos somos, y mientras las estadísticas aparentemente mejoran para los mayores en cuanto a esperanza de vida, y salud, como afirma Hillman, *el alma decae*” (Hillman, 2000) Para este autor la importancia de la ancianidad se describe en una función inversa al progreso, aunque el aprecio a los mayores sería debido, no tanto a la modernización, sino a la vitalidad de la tradición que mantiene lazos con otro mundo no visible.

La falta de modelos. Los seres humanos necesitan una construcción social en la cuál situarse. En cada una de las edades de la existencia se requiere un esquema que nos informe sobre “cómo se hace para ser” joven, niño, o viejo. La mejora de la calidad de vida y el incremento del bienestar han redundado en un aumento de la esperanza de vida, lo cual ha configurado la vejez como una nueva etapa para un grupo muy amplio de la población. Muchas personas estarán en la vejez, tal vez más tiempo del que han estado en la juventud. Pero esta nueva etapa de la vida carece de modelos, y por ello surgen muchas veces dificultades para su definición global, y para su interpretación individual. Muchos mayores han de concretar personalmente aspectos que en otras épocas de la vida se les daban resueltos. La mayoría de los mayores han de crear de forma individual un modo de vivir

aceptable en esta época de su vida. Este es un trabajo difícil en el cual toda una generación está atrapada. Los modelos anteriores parecen no servir, aunque se añoren, y esta sociedad no está dotada para ofrecer un camino donde crecer y avanzar en plenitud los últimos años de la vida. Esta realidad emplaza a los mayores a una vivencia heroica, en el sentido de quienes tienen que realizar la hazaña extraordinaria, de construirse sin cultura donde apoyarse realizando con ello una labor novedosa, valerosa, necesaria, comprometida, arriesgada, y... al margen de su pueblo.

La negatividad. Nuestra cultura ha instaurado algunas descripciones de la vejez socialmente construidas de enorme negatividad, y aunque este aspecto no es nuevo en la historia, sorprende la virulencia de estos mensajes en una sociedad aparentemente bien informada. Existe el estereotipo de que la vejez es una época de la vida en la cual los cambios que se producen son esencialmente negativos, y consisten fundamentalmente en pérdidas sobre lo que se poseía o se había adquirido previamente. Las personas mayores son representadas consistentemente en un modo negativo, incluyendo los contenidos de deterioro mental, incapacidad para aprender, senilidad, deterioro físico, aislamiento y dependencia. Existen datos que contraponen empíricamente esta realidad y demuestran que estas afirmaciones son falsas para la generalidad de las personas. Pero el estereotipo de la vejez negativa es resistente, y está en el origen de los comportamientos de exclusión social, y de maltrato. Un problema añadido es que los prejuicios influyen de modo determinante en la persona que envejece. Los mayores internalizan los mensajes negativos, de modo que estos influyen en sus capacidades cognitivas, causan dificultades emocionales y predicen una menor supervivencia (Levy, 2006). La Organización Mundial de la Salud ha alertado sobre ese hecho (WHO, 1990), recomendando que se desarrollen programas, dirigidos a los propios mayores, a sus familias y a la población, para combatir estereotipos. La finalidad es ofrecer una imagen objetiva sobre el proceso de envejecer, por los efectos negativos que tienen en la intervención social y sanitaria, pues tienden a convertirse en profecías que se cumplen.

Los estereotipos se convierten en realidades amenazantes para la mayoría, porque no existe una fuerte realidad personal que se les oponga. Cuando la realidad individual está desvitalizada, el estereotipo es capaz de abducir a las personas y encarcelarlas en unos tópicos de los que no pueden salir. La descripción de los mayores se realiza en función a los criterios que gobiernan nuestra sociedad y que son un desastre para cualquier edad. Sobre todo en el último tramo de la vida son especialmente negativos ya que contradicen el que podría ser un objetivo para la vejez: subvertir el orden materialista establecido, emprendiendo un camino hacia el espíritu. Las personas mayores

encuentran que han de luchar o vencerse ante una sociedad que los define desde la biología, la estadística, la juventud, la economía o la utilidad. Es necesario contraponer una fuerte experiencia individual de riqueza y de sentido, para que el estereotipo no te alcance, ni te destruya. Los mayores son intimidados por los estereotipos porque el sentido de la vejez, y la vejez con sentido en nuestra cultura, han ido desapareciendo. Este es el segundo reto para el héroe anciano, soportar toda la influencia superficial que amenaza con invadirle, y contraponer la solidez del tiempo y la fuerza del carácter, sostenido todo ello en una fortaleza interna, digna, sólida y vital.

La biología. El contenido de los estereotipos remite fuertemente a la biología, y por tanto a la deflación que consiste en la idea de que pensar sobre nosotros es pensar sobre nuestro cuerpo. Este reduccionismo nos condena, y nos convertimos en víctimas del envejecimiento. Se desliza la creencia de que toda la existencia está bajo el yugo de la fisiología, y que especialmente en los últimos años la vida se rige por ella. También en esto existe una responsabilidad individual. Es aparentemente más sencillo para cada uno de los mayores, acomodarse a la vejez y a sus tópicos, interpretando que lo que nos ocurre sucede por efecto de que nos hacemos viejos. Tanto lo bueno como lo malo, se coloca en un segundo plano, si el responsable de todo ello es el paso del tiempo. Esa posición aparentemente sencilla es una tentación para los mayores, y también una trampa dramática porque nos deja pasivos y víctimas del propio proceso de envejecer, en vez de entender lo que aparece en nuestra vida como la revelación de nuestra psique, de nosotros mismos, y de nuestra naturaleza esencial. El envejecimiento ha de arrebatárle la importancia a la biología justamente cuando esta más pretende esclavizarlo. Esta es otra de las propuestas heroicas para el mayor, que ve como se le va desposeyendo de lo más esencial de sí mismo y ha de combatir muy duro para no ser esclavizado. Los viejos son imágenes que trasponen la vida biológica para convertirla en imaginación, personajes de la obra de la civilización de un valor irremplazable. Así aparece en la cultura africana, en la cual se afirma que cuando un viejo se muere es como si toda una biblioteca se quemara, se pierde el depósito de las glorias pasadas, el mito de las figuras heroicas de las que se procede, el referente de la cortesía social, de las normas de la comunidad, y de todo lo que tiene que ser explicado desde lo trascendente. El respeto a la vejez es el pilar sobre el que se ha sustentado toda la tradición africana desde sus orígenes hasta la actualidad. En ausencia de escritura, los mayores son los garantes de la supervivencia de la comunidad (Gotelli, 2013). Para las personas mayores de un pueblo primitivo sería ridícula la fijación en la salud y en la enfermedad que muestran impudicamente muchos mayores, ni sería admisible la descripción exhaustiva de los padecimientos con que llenan sus días, eso no se parece ni por lo más remoto a la dignidad de la vejez.

El Papa destaca la función de “servir de puente” como una labor propia de los mayores, preservar la continuidad de las generaciones ayuda al ser humano a lidiar con la vida, nos rescata del presente en el que desgraciadamente estamos instalados, nos sitúa en un recorrido que da sentido a nuestra existencia salvándonos de la idea de que estamos solos en el mundo.

“La ausencia de memoria histórica es un serio defecto de nuestra sociedad. Es la mentalidad inmadura del “ya fue”. Conocer y poder tomar posición frente a los acontecimientos pasados es la única posibilidad de construir un futuro con sentido. No se puede educar sin memoria: “Recordad aquellos días primeros” (*Hb* 10,32)”. Las narraciones de los ancianos hacen mucho bien a los niños y jóvenes, ya que los conectan con la historia vivida tanto de la familia como del barrio y del país. Una familia que no respeta y atiende a sus abuelos, que son su memoria viva, es una familia desintegrada; pero una familia que recuerda es una familia con porvenir. Por lo tanto, en una civilización en la que no hay sitio para los ancianos o se los descarta porque crean problemas, esta sociedad lleva consigo el virus de la muerte, ya que se arranca de sus propias raíces. El fenómeno de la orfandad contemporánea, en términos de discontinuidad, y caída de las certezas que dan forma a la vida, nos desafía a hacer de nuestras familias un lugar donde los niños puedan arraigarse en el suelo de una historia colectiva” (parr. 193, p. 149)

No se puede educar sin memoria, señala lucidamente el Papa, si esto ocurre nos convertimos en huérfanos, en sujetos arrancados de nuestra propia raíz, en seres humanos desarraigados. Efectivamente los síntomas del desarraigo en nuestra cultura se observan en la desintegración y en las dificultades para construir un discurso unitario en la familia y en la sociedad, un discurso que nos fortalezca y nos permita acometer la vida con coraje y sin temor y que nos ayude a mirar a nuestra existencia cara a cara y afrontar sus desafíos, en vez de sumergirnos en la superficialidad, la amnesia, la negación y el sinsentido. El consumo funciona como una anestesia colectiva y familiar, y nos lleva hacia la muerte, ya que está muerto todo aquello que no se arraiga en alguna forma de vida, todo lo que sumerge a los individuos en la inconsciencia y por tanto en el olvido de sí mismos. Por huir de la muerte nos encontramos enfrentados cada día a su amenaza, y como civilización esta locura de consumo para anestesiar conciencias, nos está convirtiendo en sujetos débiles y destructores de nuestro medio. Los ancianos están ahí para recordarnos los tiempos pasados, la experiencia que señala a través de ellos todo lo que habría que conservarse, los modos de vida que han resultado exitosos. En vez de eso, condenamos estos discursos y estas experiencias vitales a la desaparición y con ello nos quedamos sin suelo, sin experiencia y reducidos a lo más pequeño, ya que no nos permitimos aprender de quienes nos han precedido. La historia colectiva desaparece y enfrentados a la vida, nos deshacemos en la precariedad.

Los ancianos haciendo de puente nos podrían salvar de esta sociedad líquida que define Bauman (2007) a la que le falta la solidez en el discurso, en las ideas, en los sistemas o en las personas, y que está más empeñada en el olvido que en el aprendizaje. Cuando la capa de hielo sobre la que se patina es quebradiza la salvación está en la velocidad, afirma Bauman con una frase atribuida a Emerson que ilustra la realidad postmoderna. Nos enfrentamos a un tiempo pulverizado en múltiples instantes eternos, aventuras, episodios, y fragmentos separados. Todo es relativo, todo discutible, todo demasiado rápido y todo epidérmico y superficial. Todo ha de ser improvisado por una generación que no tiene en cuenta la vivencia de sus mayores.

Los ancianos ayudan a percibir la continuidad de las generaciones, con el carisma de servir de puente. Muchas veces son los abuelos quienes aseguran la transmisión de los grandes valores a sus nietos, y muchas personas pueden reconocer que deben precisamente a sus abuelos la iniciación a la vida cristiana. Sus palabras, sus caricias o su sola presencia, ayudan a los niños a reconocer que la historia no comienza con ellos, que son herederos de un viejo camino y que es necesario respetar el trasfondo que nos antecede. Quienes rompen lazos con la historia tendrán dificultades para tejer relaciones estables y para reconocer que no son los dueños de la realidad. Entonces, “la atención a los ancianos habla de la calidad de una civilización. ¿Se presta atención al anciano en una civilización? ¿Hay sitio para el anciano? Esta civilización seguirá adelante si sabe respetar la sabiduría de los ancianos” (parr. 192, p. 148).

Solo la vejez nos salva, ya que es el reconocimiento de la vida que se ha hecho carne en un individuo y representa la solidez del paso del tiempo. No es necesaria la improvisación ni el temor a equivocarse de los jóvenes que nunca han vivido, sus abuelos y miles de generaciones ya lo han hecho previamente, forjando soluciones y resultados. Así lo señalaba esa cita medieval que nos recuerda que somos capaces de mirar más lejos porque caminamos a lomos de gigantes. Si pretendemos descender de ese conocimiento colectivo que nos ensalza, ignorando a los que nos preceden, caeremos en el barro, no podremos ver y por tanto no podremos avanzar, este es uno de los valores fundamentales de los ancianos en nuestras vidas.

El Papa señala que “bajo el impulso del Espíritu, el núcleo familiar no sólo acoge la vida generándola en su propio seno, sino que se abre, sale de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad y para construir a partir de la familia esa célula vital capaz de transformar el mundo” (parr. 324, p. 259). Y todo ello desde un mensaje que no pretende avasallar ni confundir ya que “estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas” (parr. 37, p. 29). El Papa nos presenta la problemática de las familias desde un prisma muy alejado del pesimismo: “las familias no son un

problema, son principalmente una oportunidad” (parr. 7. p. 7). Y para transformar el mundo el matrimonio es un camino privilegiado para vivir la fe: “En el cuidado de los otros encontramos el fruto de ese amor entre los esposos a los que Dios llama a engendrar y a atender”. (parr 321, p. 248). Animarse a construir con el un mundo en el que nadie se sienta solo, es uno de los mensajes más evocadores a los que el Papa nos invita: “querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con Él, es animarse a construir con Él, es animarse a jugarse con Él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo” (parr. 321, p. 257).

5. Referencias Bibliográficas

- BAUMAN, Z. (2007). *Arte líquido?* Madrid: Editorial Sequitur
- GRANJEL L. (1991) *Historia de la vejez, gerontología, gerocultura y geriatría*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca
- GOTELLI A., (2013) <http://www.funcidec.org.ar/articulos/CULTURA%20AFRICANA%20-%20Gotelli.pdf>.
- HILLMAN J., (2000) *La fuerza del carácter y la larga vida*. Madrid: Debate.
- LEVY B. (2006). Hearing Decline Predicted by Elders' Age Stereotypes. *Journal of Gerontology: Psychological Sciences*, 61, (2006) 82-87.